«Todo debe ser coherente, pero también es hora de repensar nuestra industria sin darla por perdida»

¿Revive la industria?

La industria, que ha sufrido mucho en la presente crisis, lleva un año dando tasas positivas de crecimiento interanual de hasta dos dígitos en sus índices de facturación y nuevos pedidos, en muchas partidas y meses. Su vigor exportador se está recuperando y, dado el fuerte ajuste laboral que ha realizado (713.000 ocupados menos que a principios de 2008, un 21,5% menos), puede decirse que se encuentra en condiciones de productividad apropiadas para reforzar su competitividad si se hacen bien las cosas.

No basta con recuperar los niveles de actividad o exportaciones de precrisis (los niveles razonables, no aquellos niveles insostenibles que nunca deberían haberse alcanzado), puesto que ya entonces sabíamos que la competitividad de nuestra industria, excepto honrosos casos, no era excesiva. Además, hay que tomar impulso competitivo y acompañar institucionalmente los procesos de *upgrading* sectorial, corporativos y de innovación, que determinarán la emergencia de una industria renovada. Más que nunca es oportuna la evocación de la «triple hélice» porteriana: empresas, universidades e instituciones.

¿Se acuerdan de la era posindustrial? Pues bien, en los próximos años, se producirán más bienes industriales (y servicios también, claro) que en la historia de muchas industrias. Desde los albores de la humanidad, la producción de calzado, por ejemplo, no ha cesado de aumentar. Hoy se producen 15 millardos de pares de zapatos y, en los próximos 20 años, se podrían producir unos 500 millardos en el período a nada que crezca la producción a un 3,5% anual. Los zapatos que calzaremos dentro de una veintena de años no tendrán nada que ver con los que calzamos ahora y la enorme cantidad de materiales, tecnología, diseño y, en suma, conocimiento que incorporará este proceso productivo tendrá un valor incalculable. Y así sucesivamente para los demás sectores y subsectores industriales y sus aledaños de servicios de todo tipo.

Puede que estas señales que observamos en la industria española no sean sino síntomas ordinarios de una vuelta a las tendencias de desindustrialización previa a la crisis, superado el grave bache de estos años. Pero puede también que los ajustes realizados y la evidencia de que nuestra industria necesita reaccionar a sus retos adoptando planes estratégicos que abarquen desde la formación hasta la estructura corporativa de las empresas del sector, pasando por la innovación y la internacionalización, hayan creado una base favorable para ese resurgir industrial.

Cuando la economía española se abrió al entonces mercado común, hace exactamente 25 años, la industria, presionada por las breves etapas transitorias, reaccionó muy bien durante el período inmediatamente posterior, que fue, además, de intenso crecimiento impulsado, en parte, por un *boom* inmobiliario. Pero las condiciones competitivas eran muy exigentes entonces y nuestra industria no lo hizo nada mal.

En estos momentos, tras el desastre asignativo (financiación, talento empresarial, mano de obra, etc.) que ha supuesto la sesgada especialización de la economía española durante la larga década previa a la crisis, en la que el euro, al impulsar la demanda doméstica, ocultaba el momento que estaba adquiriendo la globalización, una buena base industrial, de la que tiren y empujen los servicios avanzados, es lo que puede ayudar a la economía española a salir a flote, junto a muchas otras reformas estructurales. Todo debe ser coherente, pero también es hora de repensar nuestra industria sin darla por perdida. No hay sectores maduros, sino mercados globales y, en un mundo de producción distribuida, tecnología modular y movilidad avanzada, en el que hasta las manufacturas más básicas incorporan un creciente contenido de conocimiento, todos los jugadores tienen oportunidades ::

José Antonio Herce
es socio-director de Economía Aplicada y Territorial de Consultores de Administraciones Públicas (Afi).
E-mail: jherce@afi.es